

explicado, pero las hipótesis dejan una puerta suficientemente entreabierta a la más creadora imaginación y a la más fértil fantasía.

¿Dónde está el confin de la tierra? Ya nadie cree en la vieja Tule más allá de la cual acechan terribles y desconocidos monstruos marinos. Cuando William Hope Hodgson escribió —en 1908— su novela (2) pensaba, sin duda, que el "confin de la Tierra" era la frontera entre lo real y lo fantástico, entre la razón y la locura, entre lo conocido y lo ignorado, siempre temible. De nuevo, Irlanda. También una gran construcción, largo tiempo abandonada, rodeada de un exuberante y salvaje jardín envuelto en un amenazador silencio. Pronto el peligro toma forma: de la otra parte (quizá de otra dimensión) llegan horribles bestias y cercan la casa en uno de los sitios más horrendos que recuerda la literatura del género.

Todo mediano conocedor de las novelas de ficción y horror reconocerá este escalofriante asalto como el antecedente del "Soy leyenda" de Richard Matheson, y el final recordará, probablemente, a la "Spirita", de Gautier, o a la "Hermosa vampirizada", de Dumas. No obstante, Hope Hodgson, tan emparentado en su pintura de ambientes con lord Dunsany y Arthur Machen, está considerado, con razón, como uno de los antecedentes más sólidos de Lovecraft y merecedor, por derecho propio, de figurar en el gran ciclo de Cthulhu.

Nos encontramos, pues, ante dos ejemplos de novela de terror y fantasía sin la menor trampa ni cartón. Nada de parapsicología barata ni pretensiones de realidad. La imaginación creativa y un convincente estilo literario como único bagaje para la realización de una obra literaria que en ningún momento pretende ir más allá y que sabe que el lograrlo es más que suficiente.

Y de paso, una llamada de atención a la colección en que están ambas obras, que, por circunstancias que no vienen al caso, se está convirtiendo en una de las primeras series de bolsillo del país. Probablemente va a haber mucho bueno en el futuro. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

(2) William Hope Hodgson: La casa en el confin de la Tierra (The house on the borderland). Editorial Bruguera-Libro Amigo. Barcelona, 1978.

Los verdes campos de la dulce Europa

"Tiempo de sombras", la novela de Virgilio Botella Pastor,



antiguo capitán de Intendencia de la Armada y director general de los Servicios Administrativos del Gobierno republicano en el exilio, en un nuevo intento de dar expresión literaria al drama de los exiliados españoles en Europa, una vez consumada la derrota.

Esa "muchedumbre inorgánica... dominada por el pánico", como calificó el general Vicente Rojo al alud humano que empezó a traspasar los Pirineos en la madrugada del 28 de enero de 1939, fue —hay que decirlo una vez más— humillada, menospreciada y expoliada por las autoridades francesas, que cerraron y marginaron a soldados, mujeres y niños, como si se tratara de una chusma peligrosa. Lo primero que los refugiados encontraron en Francia fue desilusión y ultraje. En vez de alojamiento y respeto, hallaron algo que no esperaban: alambradas, campos de concentración, perros, senegaleses con la bayoneta calada y policías que les trataban como si fueran delincuentes.

Durante los primeros días no hubo, en la mayoría de los campos de concentración, ni viveres ni agua potable, y los heridos no recibieron ningún cuidado. Muchos soldados españoles —como atestigua el doctor Joa-

quín d'Harcourt, jefe de Sanidad del Ejército republicano— sufrieron amputaciones innecesarias. El tifus y la disenteria se cebaron en las filas de los refugiados. Algunos testimonios calculan que un diez por ciento de ellos murieron en los primeros meses debido a enfermedades provocadas por la falta de condiciones sanitarias. Muchos jefes y oficiales fueron escarneados delante de su tropa. El "vae victis!" de los franceses y el bombardeo de Guernica por los alemanes presagiaban ya lo que sería la hecatombe mundial, a punto de iniciarse.

Los españoles que tuvieron la "suerte" de escapar de las alambradas del Sur de Francia serían utilizados luego como mano de obra o como carne de cañón contra los alemanes. La mayoría de los hechos prisioneros en el frente francés pasarían a los campos de exterminio nazis, de los que muy pocos escaparon con vida.

Este siniestro destino que Europa otorgó a los republicanos vencidos constituye el trasfondo de la acción en "Tiempo de sombras", primera obra de la trilogía que sobre el destierro y la segunda guerra mundial tiene preparada el autor. La novela de Botella Pastor es, ante todo, un testimonio vehemente de

un hombre exiliado que, además, ha querido dejar su huella como escritor.

Francisco Ayala declaró en una ocasión que para el que escribe desde el exilio el pasado es la única materia conocida, experimentada y novelable, lo único capaz de ser transformado literalmente como testimonio. Esta literatura del exilio, exaltada, sincera y fragmentaria, tiene, para el país al que va dirigida, la importancia de una "memoria" colectiva, necesaria de cara a futuras generaciones. "Tiempo de sombras" —pese a su tono melodramático, en exceso filosofante y sincopado, y a la escasa profundidad de algunos caracteres— forma parte de esa novelística "obligatoria" sobre nuestro inmediato pretérito. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Tiempo de sombras. V. Botella Pastor. Argos-Vergara.

La majestad del antropófago

Es evidente que la crítica de la sociedad industrial, entendida como algo perenne o al menos a largo plazo, comienza a tener una continuada presencia en determinados medios intelectuales. El "progreso ininterrumpido" tiene limitaciones imbricadas en su propia dinámica. En realidad, toda cultura tecnológica encuentra su techo, el cual se inicia con la autodestrucción, con la devastación del entorno habitable. Mervin Harris, presidente del Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia —que alterna sus estudios científicos con amplios vagabundeos por las islas de la costa del Maine—, ha puesto también en duda la continuidad de la sociedad industrial. No trata de entrar en la polémica inagotable de si los beneficios indudables de este tipo de sociedad —seguridad ante las enfermedades, alimentación fácil, ocio tecnificado e institucionalizado— son éticamente aceptables. La pregunta es más esquemática: ¿Son esos discutidos beneficios duraderos?

En una interesante obra (1), Marvin Harris cuestiona todos los aspectos sobresalientes de la sociedad tecnificada. La duda al modelo de sociedad es hábilmente interrelacionada a través de ingeniosos mecanismos como el canibalismo, las religiones de amor y misericordia, el vegetarianismo, el infanticidio o los costos y los beneficios de la producción. El autor se muestra

(1) Marvin Harris: Canibales y reyes, los orígenes de las culturas. Argos Vergara. Barcelona, 1978.

decididamente determinista en la explicación de los fenómenos antropológicos que vinculan a las sociedades que se han ido sobreponiendo en el planeta. Es el suyo un determinismo incompleto, abierto, capaz de admitir variantes imprevisibles, bruscas variaciones que impidan la esquematización de lo que se daría en llamar "las conclusiones lógicas".

La ecuación naturaleza-cultura la establece Harris mediante el control de la población en las diversas épocas históricas. Oponer a la intensificación de la producción la reducción de la propia especie como salida a las crisis climatológicas o al catastrofismo geológico. Analiza el concepto de "tiempo libre" como contraposición a la intensificación programada de la producción. El "tiempo libre" en las sociedades prehistóricas lo estudia por comparación con los núcleos existentes en la actuali-



Marvin Harris.

dad, además de las investigaciones científicas de los antropólogos. "Un hombre del neolítico, asegura, disfrutaba de más tiempo libre que un granjero de Arkansas en la actualidad, aunque lógicamente sus riesgos eran mayores". La Edad de Piedra era capaz de mantener una población estacionaria, al precio, naturalmente, del infanticidio como defensa de la especie. Enlaza la agricultura con la guerra como consecuencia de la incapacidad del sistema agrario de mantener a la sociedad sedentaria que aumenta vertiginosamente, a diferencia de la sociedad de cazadores prehistórica.

Estudia el canibalismo como fenómeno defensivo, desde Cortes a Cook, desde el bosquimano o el yanomano amazónico hasta las guerras europeas. La aparición del capitalismo insta a la sociedad a la producción ilimitada para asegurar el beneficio ilimitado a su vez. Marvin

Harris, recorre sistemáticamente las culturas descubriendo el origen de los mecanismos de supervivencia actuales. Identifica cultura y supervivencia, caníbales y reyes, dos caras de la sociedad humana. Explica el tortuoso camino que lleva a la revolución del combustible, al despotismo energético. "Cientos de millones de personas pueden ser técnicamente aisladas de las minas y pozos y morir de hambre, quedar congeladas, hundidas en la oscuridad o pa-

ralizadas mediante el giro de pocas válvulas y el chasquido de pocos interruptores". La sociedad posee según el autor —y de ahí su determinismo— resortes de defensa que, al igual que en las sociedades prehistóricas con el infanticidio femenino se defendían de las irregularidades de la naturaleza, podrían ahora obtener recursos para escapar al despotismo energético o a la necesidad de producción "al límite". "El pensamiento y la conducta de los individuos

—asegura Harris— siempre son canalizados por límites y oportunidades culturales y ecológicos". Un sentido darwiniano de la selección natural que puede llegar a imprevisibles consecuencias.

El libro es una explicación heterodoxa, irreverente, pero inquietante y atractiva de nuestro entorno cultural. La inteligencia del autor para anar en un solo planteamiento cientos de datos históricos aislados, que, tras la visión crítica de

ADIOS A LAS LETRAS

Publicaciones clandestinas

Si España tuviera un día de descanso general para el televidente, como acaba de proponer para la República Federal de Alemania el canciller de la gorrita, *Helmut Schmidt*, yo votaría porque coincidiera ese día de asueto con la emisión de "Encuentros de las artes y las letras", el programa centenario de *Carlos Vélez*.

En España confundimos el culo con las témporas, aunque preferimos lo primero porque es más concreto, y el latino, a pesar de la "squadra azzurra", es un individuo concreto, que va a lo suyo. Se confunde todo y así surge *Julián Marías*, mi admirado *Ramón Marías*, confundiendo a *Ortega y Gasset* consigo mismo, fundiéndose en él y dándonos por libro de filosofía constitucional lo que en realidad son liebres marchitas, publicadas en los diarios en forma de artículos irremediables y larguísimo.

En el programa de televisión que cité al comienzo también han cometido una confusión esencial de la cultura española. Se teme que las cosas resulten demasiado frívolas y ligeras y entonces se les echa el aceite incontenido de la prosopopeya. *Carlos Vélez*, que conduce el entuerto con buena voluntad y con intenciones de hacerlo lo mejor que se puede hacer en el medio, festejó hace unas semanas el número cien del invento. Para los que no leen los carteles de crédito les ahorró suficientemente el perjuicio de deducir y repetir que "aquello" no era una conmemoración.

En España todos estamos contra las conmemoraciones, excepto los nostálgicos de la plaza de Oriente, pero cuando un motivo de conmemoración viene hay redoble de campanas. Los redobles de campanas de este programa televisivo fueron amplísimos, porque quizá sea la española la televisión europea que más espacio le dedica de una sola tacada a esta cosa de la cultura. Lo que pasa es que le dedica ese tiempo en el Segundo Programa, donde las horas valen por lo menos la mitad.

Se confunde la profundidad con la largueza, y sobre todo, se confunde la inteligencia con la longitud. Lo que la televisión española dedica a las letras es minúsculo y superficial a mediodía y en el Primer Programa —"Hora 15"— y enorme en el Segundo Programa. No hay síntesis entre ambas alternativas, y así tenemos un país que prefiere alternativamente enchufar el "cassette" de *los Rolling* antes que escuchar a *Martín Ferrand* descubriendo que los libreros son transmisores de cultura o que *Sánchez Dragó* no puede vivir sin oler al menos un libro de *Robert Louis Balfour Stevenson*.

Son programas clandestinos, en realidad, porque los ven los adictos a la televisión o a los programas, que ambos casos se dan. Antes la gente saciaba su erotismo del panfleto siguiendo las pu-

blicaciones de los partidos. Ahora la televisión ofrece programas clandestinos para que el personal no ande a la busca de esquinas inexistentes donde los militantes se aposten para distribuir su mercancía tachada.

El Ministerio de Cultura sabe bien de estas cosas, porque al fin y al cabo, antes, en su capacidad de Ministerio de Información, se encargaba de confiscar lo clandestino. Ahora ha publicado clandestinamente una revista que parece llamarse "Cuadernos de Cultura", presentada con todo boato, como si fuera una recién nacida, en un salón de actos de Madrid, por el propio *Pío Cabanillas*, que por una vez dio muestra suficientemente de su sentido crítico: "Presento un producto conscientemente modesto". No sé por qué ahora a la gente le da por hacer cosas conscientemente modestas, cuando es mucho más fácil usar esa modestia para acometer el silencio. *Pedro Alares*, nombrado hace poco uno de los mejores directores de publicaciones de España, estaba en el acto, frente al ministro. Me supongo que hojearía la revista presentada, escucharía a *Pío Cabanillas* y pensaría en la penuria en que viven tantas publicaciones españolas, que se mueren de pena, con su gran calidad y todo, mientras el Ministerio cultural saca al mercado productos de modestia tan paradigmática y, además, sin director conocido o explícito en su primer número. Se ciernen sobre nosotros un nuevo período de publicaciones clandestinas que coparán el mercado con su modestia ministerial y consciente.

■ SILVESTRE CODAC.

Pío Cabanillas.



Harris, toman una nueva dimensión, obliga a continuar la lectura, en ocasiones chocante de **Canibales y reyes**. "En la vida —concluye Harris—, como en cualquier partida cuyo resultado depende tanto de la suerte como de la habilidad, la respuesta racional en caso de desventaja consiste en luchar con más vehemencia". Se trasluce un optimismo combativo cuyo punto de partida sitúa el antropólogo norteamericano en el reconocimiento de las opciones que con anterioridad han escogido las sociedades en su evolución, en reencontrarnos con el pasado sin temor en reconocer que el hombre alberga dentro de sí a un canibal y a un rey. ■ **FERNANDO GONZÁLEZ**.

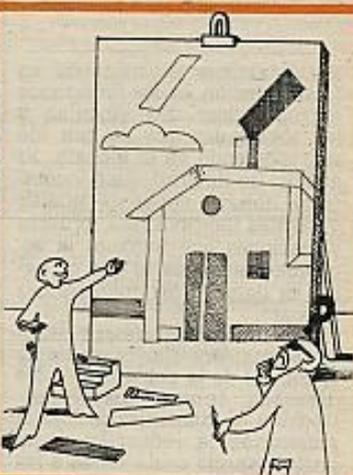
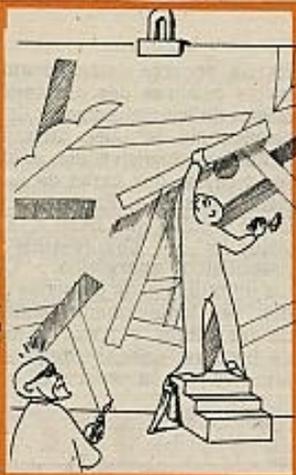
Urbanismo español: una tradición machacada

España "inventó" el urbanismo. En 1867, Cerdá sentó las bases de lo que luego sería una saludable manía española: los ensanches de las ciudades, considerados desde una perspectiva racional y de defensa de las necesidades vitales del habitante, siguieron a aquella iniciativa de Cerdá. En los años veinte, este país recuperó el pulso urbanístico y recogió lo mejor de las enseñanzas europeas en la materia.

Luego estalló la guerra civil y también se acabó lo que se daba en el terreno del urbanismo. Franco no tenía cultura urbana, sino militar, y prefirió los grandes espacios abiertos a la construcción serena y ordenada de sitios para vivir. Lo suyo era la demagogia de las obras, no la calidad de las casas. Tampoco podíamos pedir peras al olmo.

Los especuladores colaboraron con el dictador en la tarea de destruir poco a poco las ciudades españolas. Hoy de España queda una ruina alta y lustrosa, a veces acristalada, a veces agrietada, y muchas veces con una placa en la que se conmemora la devoción que tenía Franco por inaugurar bloques frágiles, pantanos y monumentos inútiles y periclitados.

Por fortuna, la etapa ha sido superada. Ahora conviene la revisión. Para acometerla, conviene utilizar a los historiadores. Antonio Bonet Correa, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Madrid, nos ha dado un libro en el que se analiza una época importante de nuestro urbanismo pasado. **Morfología y ciudad** (así se llama su texto) fue presentado



en Madrid la pasada semana.

En este libro, editado en la colección **Arquitectura y Crítica** de la editorial Gustavo Gili, se estudia la arquitectura y el urbanismo que se hicieron en España durante el siglo XVIII, con referencias a la influencia que ese período tuvo en la historia urbanística posterior.

Se trata de una colección de artículos del profesor Bonet Correa. Todos están conectados por una idea común. La España que precedió a la revolución industrial es en cierta manera la inspiradora de la España de



Antonio Bonet Correa.

hoy, en el carácter morfológico de sus ciudades. La influencia de nuestras aficiones ancestrales —la tauromaquia— y de nuestras devociones ancestrales —la religiosidad— han sido elementos principales en la configuración urbana de España.

¿Cómo debe ser el futuro? Se han perdido cuarenta años. Durante este tiempo, el planeamiento urbano se ha hecho a voleo y la ciudad española de hoy es caótica y deshumanizada. Textos como el de Antonio Bonet ofrecen una idea del futuro, que sólo puede construirse observando un gran respeto al pasado. En España el pasado ha sido literalmente machacado por el tractor y por el dinero. **Morfología y ciudad** da una imagen de lo que fuimos. No

estaría mal que este recorrido histórico sirviera para ir construyendo lo que seremos, en materia arquitectónica. ■ **S. C.**

El uno y la sumisión voluntaria

Según parece, Etienne de La Boétie tenía dieciocho años cuando escribió su breve discurso "Sobre la servidumbre voluntaria", que luego sería bautizado "Contra uno". Etienne había nacido en Sariat en 1530, de una familia burguesa acomodada y de gustos ilustrados. Estudió Humanidades clásicas y Derecho en Orleans, uno de los principales centros de difusión de la reforma protestante en Francia; la Facultad de Derecho, en particular, era un foro de discusión filosófica más o menos heterodoxa, de signo averroísta: uno de los profesores de La Boétie, Anne de Bourg, fue quemado en París por hereje en 1559. A los veintitrés años, Etienne era consejero en la Corte de Burdeos y colega de Miguel de Montaigne, con el que trabó una firme amistad. Su actuación pública en política es moderada, pues se distingue como seguidor de las tesis de Michéle de L'Hospital, el tolerante y conciliador protector de la Pléiade. Por entonces traduce a Jenofonte y a Plutarco, escribe poemas en latín y también algunos en francés, al gusto petrarquizado de su tiempo; Paul Eluard, en su antología "La poesie du passé", incluye seis sonetos suyos que no destacan de entre los tan formales y miméticos de la época. Murió a los treinta y tres años; hasta once años después no sería publicado su discurso "Sobre la servidumbre voluntaria", que apareció por primera vez en 1574, en una recopilación de panfletos protestantes titulada "Le Reveille-Matin des Français". El albacea de esta edición póstuma fue su amigo

Montaigne, cuyos comentarios al texto trataron de mitigar la posible impresión subversiva de esas páginas: "Este tema fue compuesto por él en su infancia, sólo a manera de ejercicio y por ser un tópico vulgar y mil veces tratado en los libros".

Pero nada vulgar hay en este texto excepcional y la posteridad radical desechó pronto los prudentes circunloquios de Montaigne, convirtiendo el "Contra uno" en uno de los escritos libertarios más constantemente manejados de la literatura política francesa. De La Mennais a Gustave Landauer, de Simone Weil a Claude Lefort y Pierre Clastres, el discurso de Etienne de La Boétie ha vuelto a ser editado y comentado cada vez que un alma rebelde quiere enfrentarse al permanente desafío del poder. Estos numerosos comentarios que se acumulan a modo de palimpsesto sobre el diáfano discurso del adolescente prodigioso, pretendiendo acercarlo a las urgencias inmediatas de la época han disminuido su alcance e incluso a veces lo han desvirtuado. El "Contra uno" ha sido leído como un libelo antimonárquico, como una proclama republicana e igualitarista, como una especie de Rousseau *avant la lettre*; pero su interés rebasa en mucho estas magias parciales que se ha empeñado en ver en él cierto partidismo de cada época. El tema del discurso de La Boétie es la separación del poder, el hecho de que la capacidad de mando y disposición se hallen concentradas en un solo punto social, más allá de las voluntades y apetencias individuales, desgajado y separado de ellas; esa concentración de poder no podría realizarse sin la **complicidad** de los individuos o los grupos, sin la abdicación voluntaria que cada cual realiza del bien más precioso y menos apreciado, la libertad. ¿Quién vela sobre el tirano mientras duerme?, se pregunta La Boétie: la respuesta nos remite a esa difusa dimisión colectiva de la capacidad de decisión, a ese ab-